

tad ha llegado á la plenitud de su desarrollo, lo habrían sido las inmensas soledades de América, ó los trópicos, ó las islas de Java ó de Manhattan. El proyecto debe ser un cuento, que ni siquiera admite el honor de discutirse.

Así las cosas, falleció el comendador Requesens en 5 de Marzo, tras breve dolencia. Su muerte trajo un periodo de calma en los Países Bajos. Felipe, á medida que iba entrando en años, se tornaba más reflexivo y tardo en sus resoluciones; pero no por eso consentiría que su poder absoluto sufriese menoscabo, y que su voluntad dejara de cumplirse.

XI

DON JUAN DE AUSTRIA

Mientras que Felipe II se ocupaba en elegir sucesor á Requesens, sobrevinieron disturbios en los Países Bajos. Los soldados españoles, después de la toma de Zierikzee, se amotinaron á causa del atraso de sus pagas. Se les debía anualidades enteras, porque de España nada se les enviaba. En los Países Bajos no se encontraban recursos, y es probable que Felipe y sus lugartenientes tampoco quisieran empobrecer, en absoluto, las provincias sumisas. La práctica establecida por los amotinados, era, en tales casos, destituir á sus capitanes; ó por lo menos, negarles obediencia, y elegir un jefe, á quien daban el nombre de *Electo*, con plenos poderes. El cargo de *Electo* era peligroso; porque algunas veces, no solamente le quitaban los poderes, sino que también perdía la vida con la confianza de sus electores.

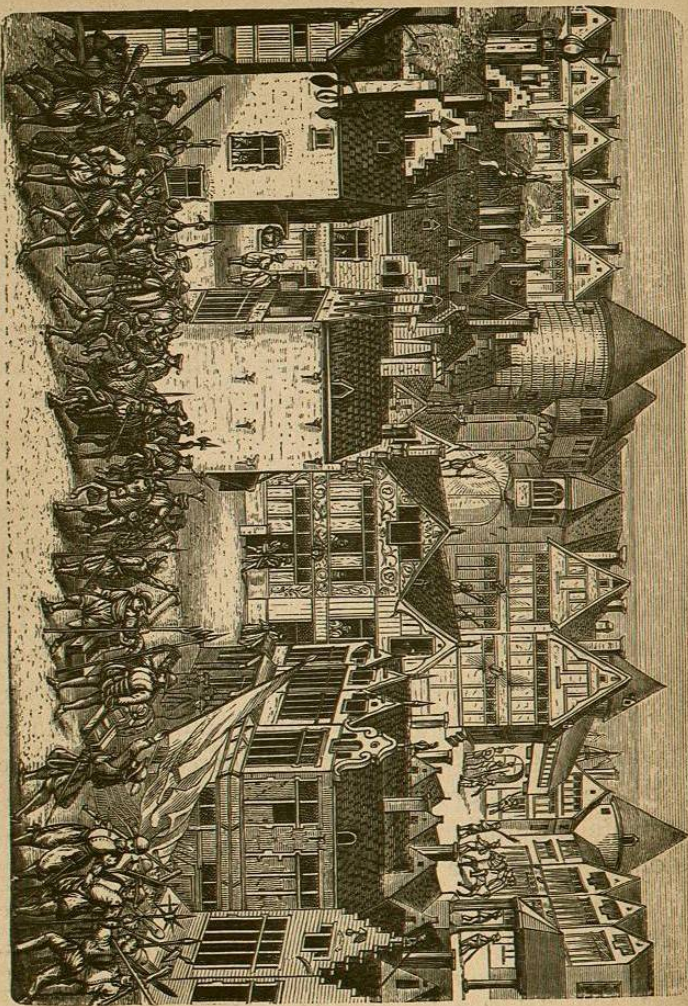
Pidieron los amotinados una ciudad, y la suerte les deparó la de Alost. Cayeron sobre Bruselas, y la cercaron. Como nada pudieron recabar de esta ciudad, y habían dejado exhausta á Alost, determinaron atacar á Amberes, pues contaban con el gobernador de la ciudadela. Apenas llegaron, se desparramaron por la ciudad y se apoderaron de los fuertes, saciando la

brutalidad de sus instintos en los indefensos ciudadanos: la fecha del 4 de Noviembre fué para Amberes de más terrible y luctuosa memoria, que todas las de la guerra. Los soldados saquearon por valor de 5.000.000 de coronas, cobrándose, así, con creces, cuanto se les debía.

El saco de Amberes aceleró la *paz de Gante*, que Guillermo había negociado. Ella contribuyó, si bien por poco tiempo, á la unión y amistad de todas las provincias de los Países Bajos, y á la restauración de sus antiguas libertades. El pacto quedó firmado el 8 de Noviembre de 1576 por los representantes de Holanda y Zelanda, y por los trece Estados y ciudades. Las tropas españolas serian, en su virtud, licenciadas, abolida la Inquisición, y recobradas por los naturales del país la ciudad de Zierikzee, y la isla de Schouwen. Cuatro días antes de aquella fecha, un caballero, acompañado de un fingido esclavo moro, llegaba á Luxemburgo. El esclavo era en realidad D. Juan de Austria, nuevo gobernador, que iba á tomar posesión de su nuevo cargo con tan extraño disfraz.

Era D. Juan de Austria hijo natural de Carlos V. Dicen que su madre fué lavandera de Ratisbona, y que habitó, durante la administración del duque de Alba y hasta que su hijo llegó como gobernador, en Gante. Entonces se vió en la dura necesidad de ir á España. Cuando niño, estuvo D. Juan al cuidado de un personaje castellano, en cuya casa recibió la primera enseñanza. Al llegar D. Juan á la edad de catorce años, su hermano Felipe hizo público el secreto. Comenzó á educarse con el príncipe D. Carlos, presunto heredero de la corona, y con D. Alejandro Farnesio. Según parece, el rey le destinaba al estado

AMBERES EN TIEMPOS DE LA INSURRECCIÓN DE LAS TROPAS ESPAÑOLAS.



eclesiástico; pero el joven quería la vida militar, y siguió la carrera de las armas ¹.

La batalla de Lepanto, ganada por D. Juan á los turcos en Octubre de 1571, acreditó en el mundo la fama del afortunado y victorioso general. Pero aquel señaladísimo triunfo, fué estéril. Los aliados que debieron caer en seguida sobre Constantinopla, se desunieron y querellaron, cuando más necesitaban de perseverancia y disciplina. D. Juan intentó entonces ganar para sí el reino de Túnez; Felipe se opuso á ello. También determinó, con el beneplácito del Papa, destronar á Isabel, rescatar de su cautiverio á la reina de Escocia Maria Estuardo, casarse con ella, y proclamarse rey de ambos Estados. Cuando todo lo tenía dispuesto á este objeto, recibió la orden de trasladarse inmediatamente, con el cargo de gobernador general, á los Países Bajos. Con los 10.000 soldados, los mejores del mundo, que iba á mandar, creía fácil conseguir su deseado matrimonio y su anhelada corona, después de poner paz en los Países

¹ Don Juan de Austria era hijo de Carlos V y de Bárbara Blomberg, natural de Ratisbona. Casó después esta señora con Jerónimo Píramo Kegell, comisario del ejército del rey, de quien tuvo dos hijos. Ya viuda, vivió algún tiempo en San Cebrián de Mazote (Valladolid), trasladándose luego á Colindres (Santander), donde murió el año 1598. Don Juan se crió y educó en Villagarcía de Campos, bajo el cuidado y dirección de Don Luis Méndez Quijada y de doña Magdalena de Ulloa, su mujer. Acerca de su viaje á los Países Bajos, escribe Cabrera: Salíó de Madrid, se detuvo en el monasterio de San Lorenzo, y «prosiguió su viaje por Valladolid, para visitar á la viuda de Luis Méndez Quijada que le crió y la amaba como á madre. Allí tiñó su barba y cabello, y disfrazado con nombre y muestra de criado de Octavio Gonzaga, hermano del príncipe de Melfi, partió con un correo, lengua y guía. Apeóse en París en un mesón...» O. c., lib. XI, cap. VIII, p. 334. El veneciano Antonio Tiépolo decía, en 1572, que el de Austria era hombre de temperamento colérico y sanguíneo, vivo, valiente y deseoso de gloria.



DON JUAN DE AUSTRIA
(Según un grabado en madera de Antonio de Leest).

Bajos, restituyendo la calma al agitado espíritu de los Flamencos. Recibidas las reales instrucciones, salió D. Juan para su gobierno, y á favor del disfraz dicho, atravesó la Francia sin peligro.

Apenas llegó el de Austria, Guillermo comenzó á mostrar su energía y habilidad. Rogó á los Estados que no hiciesen caso de las buenas palabras de don Juan, como antes no fuese desalojado el país de las tropas españolas y extranjeras. Firmes se mantuvieron por algún tiempo los Estados Generales, insistiendo en el cumplimiento de la paz de Gante. Don Juan escuchaba todas las peticiones y atendía todas las quejas, y consintió, al fin, en la salida de las tropas españolas, bajo la cláusula precisa de que había de ser por mar. Se proponía, obrando así, dos fines: era el uno, calmar los ánimos; y el otro, emplear aquellas tropas en su expedición á Inglaterra: empresa que presintieron los Holandeses por las disposiciones que adoptó para moverlas y concentrarlas. Al tratado de Gante, siguió la *Unión de Bruselas*, donde también se acordó la salida de los Españoles. Del mismo modo, Frisia y Groninga se pusieron al lado de los Flamencos. Don Juan, aunque pensativo y dudoso, acabó por aceptar la paz de Gante, insistiendo únicamente en su propósito de que las tropas saldrían por mar. Cedió luego en esto, firmándose el convenio en Bruselas á 17 de Febrero de 1577, entre D. Juan, en representación de Felipe, y los Países Bajos. En virtud de las capitulaciones, saldrían las tropas españolas para no volver, sino en caso de guerra extranjera; quedarían en libertad los prisioneros, excepción hecha del primogénito de Orange, entretanto no se sometiese á lo convenido; por último, se cumplirían todos los privilegios, car-

tas é instituciones de los Países Bajos, confirmándose y ratificándose la paz de Gante.

Al parecer, los Países Bajos habían logrado sus deseos, con obtener la promesa escrita de sus pretensiones. Por otra parte, los reformistas estaban diezmados y aniquilados por el Tribunal de la Sangre, y si se exceptúa á los Holandeses y Zelandeses, la inmensa mayoría de los habitantes del país, profesaba el catolicismo, aunque odiaba la Inquisición y quería la paz religiosa.

Pero D. Juan tenía que contar con Guillermo para seguir á mayores empeños, y el de Orange desconfiaba del de Austria. No olvidaba Guillermo los sucesos pasados, y estaba convencido de que las concesiones del gobernador y de Felipe eran recursos para ganar tiempo, revocándose ó quedando en suspenso cuando se presentara ocasión propicia. Abrigaba tales ideas, aparte de su conocimiento de los hombres, ciertas cartas interceptadas de los principales personajes castellanos que servían á las órdenes de don Juan y dirigidas á éste cuando el tratado iba á firmarse, en las cuales constaba el propósito firme de no ceder las plazas fuertes, y servirse luego de ellas para reducir á los patriotas unos tras otros. Y como las ciudades seguían ocupadas por soldados del rey de España, esto le bastaba para ver confirmados sus recelos.

Guillermo desconfiaba también de los nobles flamencos. Sabía cuánta era su codicia é inconstancia, y cuán fácilmente, á trueque de obtener alguna ventaja personal, serían traidores á su patria, concertándose con sus enemigos naturales. *El Edicto Perpetuo*, nombre que se dió al nuevo tratado, no era tampoco, en sentir del de Orange, como la paz de Gante, aun-

que se consignaba su reconocimiento. El hecho de que los señores flamencos fiasen desde luego en las promesas de Felipe, aumentó sus recelos. Los sucesos debían mostrar que á Guillermo no le engañaba su corazón.

Por esta causa, se negó á reconocer el Edicto en sus estados de Holanda y Zelanda, y tan luego como recibió el documento, después de conferenciar con aquéllos, publicó una crítica severa de su contenido. Aunque sólo fuese de un modo aparente, Felipe y su gobernador deseaban ganarse la voluntad del príncipe de Orange, pues en la correspondencia del rey y de su hermano se descubre claramente que el éxito ó fracaso de sus maquinaciones lo hacían depender de la actitud de Guillermo. «El nombre de Vuestra Majestad, decía D. Juan, es tan aborrecido y menospreciado en los Países Bajos, cuanto es amado y querido el del príncipe de Orange.» Á pesar de tener este conocimiento, el de Austria no comprendía que Guillermo prefiriese la libertad y el bienestar de su patria á las promesas reales.

Á juzgar de las apariencias, D. Juan se preparaba á cumplir sus compromisos. Allegó recursos, no sin dificultad, para pagar los atrasos que se debían á los soldados, y en Abril los despidió. Halagó al pueblo con graciosas disposiciones, y se atrajo á los nobles con dádivas. Entregó las ciudadelas á gobernadores flamencos, y entró en Bruselas el 1.º de Mayo. Todo parecía indicar reciproca y buena amistad; pero las cartas que en aquellos momentos precisos escribía el de Austria, demostraban su antipatía á los nuevos amigos y su odio á las libertades flamencas. No parecerá extraño, que mientras Felipe y D. Juan negociaban con el príncipe de Orange, buscasen asesinos



ALEXANDRO FARNESIO, PRINCIPE DE PARMA.
(Según un grabado en cobre de Crispin de Passe.)

contra «el que había hechizado á sus compatriotas»; y que mientras el rey llenaba de lisonjas á su hermano, concertase su ruina y mandara dar muerte al secretario de aquél; que corrían tiempos en que la felonía era el móvil de muchos hechos.

Intentó D. Juan por entonces, aunque sin éxito, apoderarse de la ciudadela de Amberes. Cuando los mercaderes de la plaza, á cambio de librarse de la soldadesca, se disponían á la rendición y á pagar una gruesa multa, cundió la voz de que venía por el Scheldt una escuadra zelandesa. Con la noticia cobraron bríos los de Amberes, y amotinándose al grito de «Ya llegan los mendigos», cayeron sobre las tropas desalentadas, demolieron la ciudadela y fundieron la estatua del duque de Alba.

Pasados estos sucesos, Guillermo de Orange puso fin á sus negociaciones con D. Juan. Cuando la estrella de Guillermo había llegado á su apogeo, los nobles católicos se concertaron en contra suya, é indujeron al archiduque Matías, hermano del emperador Rodolfo, á que aceptase, en lugar de D. Juan, el cargo de gobernador de los Países Bajos. Llegó efectivamente, en ocasión que Guillermo había sido nombrado *Ruwaard* de Brabante, la dignidad más elevada que se podía obtener, con plenos poderes militares. Á la célebre «Unión ó Concierto de Bruselas» había de seguir la confederación de los Países Bajos. Pero la batalla de Gemblours, en Febrero de 1578, disolvió á los patriotas ¹. Muchas ciudades cayeron en poder de los Españoles, y D. Juan recobraba aparentemente su autoridad perdida. Tales esperanzas se disiparon

¹ El héroe de esta batalla fué Alejandro Farnesio. También D. Juan de Austria, Gonzaga, Mondragón y Verdugo se portaron bizarramente. Véase *Cabrera*, O. c., lib. XII, cap. II, págs. 442-444.

como el humo, con la muerte del de Austria en 1.º de Octubre. Su corazón quedó en Namur, y su cuerpo lo enviaron á España sus parciales ¹.

¹ Su confesor, en una carta que escribió á Felipe II, dice: «Se me quejó que le habían hecho beber una bebida por fuerza». *Doc. inéditos*, t. VII, p. 252. Cabrera refiere: «Para balsamalle le abrieron y hallaron la parte del corazón seca, y todo lo interior y lo exterior denegrido y como tostado, que se deshacía con el toque, y lo demás de color pálido de natural difunto». O. c., lib. XII, cap. XI, p. 453. El jesuíta Villafañe, escribe: «Desgraciado monarca en esta parte á quien la envidia, el odio ó la pasión, habiéndole antes hecho reo de filicidio en la muerte de su hijo Carlos, ahora le acumula el de fratricidio en la de su hermano Juan.» *Relación histórica de la vida y virtudes de doña Magdalena de Ulloa*.